

DIRECTOR,
D. NICOLÁS FORT Y ROLDAN.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Tres meses en Madrid... 4 rs.
Trimestre en provincias... 5 »
Se publica los dias 5, 15 y 25
de cada mes.

LA VELADA.

PERIÓDICO LITERARIO.

ADMINISTRADOR,
D. ENRIQUE SAN MARTIN.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Redaccion, S. Lorenzo, 17, 4.º
Administracion, Humilladero,
núm. 3, principal.—Libreria
de S. Martin, Puerta del Sol.

AÑO I.

Madrid 15 de Enero de 1873.

NÚM. 5.º

LA PESCA NOCTURNA.

(Véase el núm. 3.º)

VII.

Recuerdo perfectamente los sueños que agitaron mi espíritu.

Estaba en una isla abandonada; por todas partes me amenazaba el Océano que desprendía una por una las rocas que la servían de asiento. Gemían extrañas existencias de las aguas, y mis ojos, oscurecidos al principio, me revelaron bien pronto la causa de mi temor.

Yo veía cernerse en el espacio inmensas paviotas que oscurecían á veces los rayos del sol... Se perseguían mutuamente, y la vencedora rasgaba el pecho de su adversaria sin dejarla caer... Mirando aquel combate singular, sentía de vez en cuando en mi frente una tibia impresion, y mis dedos, al intentar reconocer la causa de aquella frialdad, se teñían de rojo con la gota de sangre de la pobre desvalida.

Después mis ojos se volvían á las aguas, y escuchaba mugir entre la yerba de las praderas acuáticas mil especies de ballenatos que azotaban las olas, y corrían en torno de la isla con vertiginosa rapidez.

Después, el sol se enrojecía como si destilase sangre, y allá, primero como un punto, como un horror más tarde, veía acercarse con gigantescos pasos esos quiméricos *krakens*, cuyo recuerdo conmueve tanto al bizarro marinero.

Y la isla iba hundiéndose en el agua, las rocas caían una á una, y el suelo iba faltándome á las plantas, y del espacio caía, caía siempre la gota de sangre de las pobres gaviotas.

La mar había tomado un singular aspecto: su transparencia inverosímil me permitía seguir los más pequeños detalles. Las langostas de multiplicadas patas, movían al pasar el musgo de la arena, y entraban por las grietas de las rocas; las conchas abrían sus válvulas, que cerraban de nuevo, estropeando con sus dientes al incauto pececillo; el oscuro coral formaba fantásticas elucubraciones en el seno del Océano; las focas cuidaban sus hijuelos al borde de los antiguos torrentes, ó les presentaban, como buenas madres, sus lectosas mamas; las algas eran columpiadas por los inmensos tentáculos de un animal monstruoso, y, por último, las cavernas servían de re-

fugio á los simples pescadillos, hostigados sin cesar por numerosas manadas de carniceros, que no les daban punto de reposo.

Y la isleta, sin embargo, se hundía, se hundía sin compasión, y la lluvia de sangre empezaba á caer en las aguas y trazaba un punto de escarlata que se agrandaba, se agrandaba para deshacerse lentamente en círculos indefinidos.

Yo sentí el graznido de las tristes paviotas vencidas por sus compañeras, el mugido de las focas marinas, el ruido de las ondas que iban á morir en mis piés, y el roce triste, opaco del gigantesco *kraken*, cuyos brillantes ojos se fijaban en mí tenaces, foscos, marmóreos, como si los humedeciera una lágrima de furor...

.....Mas, ¿qué es aquello?—La luna que se levanta de las olas... y el sol en el horizonte al mismo tiempo, y se van á encontrar... La luna enrojece, se enciende, lanza llamas... y el sol que se acerca... el planeta va sin remedio á dislocarse... y esta isla que se hunde precediendo al cataclismo... El mar, el *kraken*, las ballenas, las paviotas, las gotas de sangre... y esos mares cuyos secretos he descubierto: ¡oh! ¡se aproxima el fin del mundo! cuando todo se descubre, todo se aniquila, y yo he registrado los secretos de la tierra!

El agua á mis rodillas llega... La luna se acerca al sol, paso á paso, roja, encendida, insensata... Y la mar que continúa subiendo... y la isla que me falta: ya no veo nada, nada, nada, ni el último peñasco... y el agua cubre mi pecho y llega á mi garganta.

Tiendo la vista en rededor de mí, y me quedo horrorizado: la mar está roja, roja por la sangre de las paviotas y el reflejo de los dos astros... ¡Misericordia! Esos cetáceos se revuelven desesperados, se atacan furiosamente, respirando sangre en vez de líquido... ¡Oh! si me atacan soy perdido... Las algas sobrenadan místicas, sin corolas; los pescados flotan en el agua, corrompidos ya; el mar es una inmensa hecatombe... Y el *kraken*, el *kraken*, que se acerca con sus ojos nrojecidos de cólera.

¡Compasión!... ¡Salvadme!... El agua ha cubierto mis hombros, sube, se acerca á mi boca... ¡Socorro! ¡Socorro!... ya llega: voy á beber esta sangre... ¡perdon!... una mano... se acercan... ¡por favor!... yo me ahogo...

Y en el delirio de mi dolor hice un esfuerzo desesperado, y desperté de aquel sueño.

VIII.

Por un momento creí en la realidad de los fantasmas.

La luna tenía efectivamente el aspecto rojizo que me había figurado; me azotaban en verdad las aletas de los grandes pescados, y el mar, el agua me rodeaba y llegaba á las rodillas.

Al principio no comprendí la causa de semejante fenómeno; pero pronto me hice cargo de mi nueva situación. Hacía algún tiempo que la marea ascendente se había apoderado ola á ola de la playa arenosa donde quedara dormido: la impresión helada del líquido en mi cuerpo, me despertó al fin en la circunstancia más crítica de la leyenda.

No había un momento que perder: me levanté aterido de frío, y corrí hacia el lado de la costa, que me pareció más fácil de escalar. La marea continuaba subiendo. Atravesé un gran trecho, y tuve el disgusto de tropezar con una nueva decepción.

Los rompientes por aquel lado eran una verdadera costa brava, de picachos agudos y salientes; busqué una roca, un punto por donde pudiera trepar, y solo encontré en mi camino agujas cristalizadas que oponían á mi paso una barrera insuperable.

Era evidente que había equivocado el camino, y volví á la derecha: mi expedición empezaba á molestarme. Mis vestidos estaban húmedos, temblaba, no tenía un cigarro en los bolsillos, y desconfiaba un tanto en salir del apuro.

A mitad del camino una ola inmensa, que parecía haber esperado aquel momento, me cogió de costado, me tambaleó y arrastró hacia el Océano. Quedé aturdido, pero pude sobreponerme á tal empuje y sostenerme en la playa.

Sin sombrero, empapados mis cabellos, medio cegado, quise formarme una idea exacta de mi posición en aquellos momentos. Tendí la vista en torno mio, y empecé á sentir una cosa parecida al miedo—los hombres no queremos decir francamente que hemos temblado una vez en la vida.

Estaba rodeado de agua por todos lados: no podía avanzar ni retroceder sin esponerme á una nueva absorción por las olas del mar; allí al menos me hallaba cerca de una roca, donde podría resistir sus embates.

Sin embargo, mi esperanza era muy débil. A cada momento subía el nivel del Océano, y el peñasco no tardaría en sufrir la misma suerte que la playa. Estaba perdido, sin remedio, y entonces lancé un grito desesperado de congoja, que debían oírlo mis buenos pescadores.

Sentéme en el granito; pero el agua subía in-

cansable siempre.... Mi sueño tomaba gigantescas proporciones. No tenía un momento que perder, y me puse de pié.... las olas lamieron mis plantas, y apenas podía sostenerme en postura semejante.

No pretendo referiros todas las amarguras por que fui pasando en aquella posición.... las aguas subían hasta mí, y me desembaracé de la levita... Veía á lo lejos una sombra que velaba el disco de la luna.... á la altura de mi pecho, el agua en que estaba sumergido se presentaba como un espejo melancólico... gozaba de mi misma desgracia: el abismo me atraía á mi pesar.

Oía confusamente las olas del Océano, que ora se estrellaban en los rompientes más cercanos, ora me hacían vacilar en mi pedestal de granito.... A lo lejos creía distinguir voces humanas, gritos, esperanzas; pero escuchaba, y conocía la locura de mi imaginación....

Ya no veía apenas por ninguna parte. Las olas azotaban mi rostro.... Esperaba aquel momento para realizar mi última tentativa.... Salté en el agua, y empecé á nadar hacia el Océano.

Pero mi frente estaba ofuscada, nada distinguía. Iba á salir de la playa, cuando sentí un dolor agudo en el brazo derecho: una roca me había rozado al pasar.

Cedí.... Quise hacer nuevos esfuerzos, y mis brazos no pudieron sostenerme.... Me hundi, volví á la superficie, tragué una buena cantidad de agua, perdí la cabeza y quedé sin sentido.

En esta posición me recogieron los pescadores que habían oído mis gritos y corrían á mi socorro.

(Continuará.)

A MI PATRIA.

1866-1872.

¡Pobre España! ¿qué ha sido de tus fueros?
 ¿y qué de tus antiguas libertades?
 ¿dó han ido aquellos inclitos guerreros
 el honor y la prez de sus edades?
 ¿qué ha sido de los bravos caballeros,
 qué de tus ricos y sin par cindades?
 ¿qué de tu oro, poderío y todo?
 —Polvo no más, tal vez un poco lodo.

¡Pobre España! Si un día tú lograste
 el ponerte al nivel de las naciones;
 si sobre ellas luego te encumbraste
 sostenida por bravos infanzones,
 ¿por qué de tu poder, débil, bajaste
 dejando adormecer á tus leones?
 ¿por qué sufres así hora trás hora?
 ¿por qué duermes esclava, y no señora?

Mas, ¿quién me incita á que pregunte en vano
 no oyendo la respuesta en tal momento,
 y no dejo que el tiempo vuele insano
 llevando de mi patria el sentimiento?...

Es que no puedo ver tanto tirano
que sin fé, ni valor, giran cual viento,
y que faltos de honor y con encono,
quieren llegar hasta tocar un trono.

Vergüenza y villipendio del Estado,
que permite á unos seres sin conciencia
hacer con su opresion más desgraciado
al varon de saber y de prudencia;
que destruyen las obras que han creado
en la industria las artes y la ciencia,
reuniendo en un momento tal, riquezas,
que al punto se conocen sus vilezas.

Vergüenza, sí, de propios y de extraños
el verte agonizar día por día;
cómo sufrir amargos desengaños
siendo tan dulce la esperanza mía.....
Mirando en rededor hace seis años
estas duras verdades profería,
y cuando de este modo me expresaba,
palpitaba mi sien, mi voz se ahogaba.

Mas hoy que la desgracia propia advierte
cual cede la pasion, si no se olvida,
y entre los pliegues de mi ingrata suerte
de esperanza la flor vaga perdida;
cuando espero besar la dulce muerte
tras esta interrupcion que llaman vida,
siento en mi pecho el frío desengaño,
¡que no en vano transcurre año por año!

No veo, como ayer, los campeones
siguiendo su pendon que al aire ondea,
por la pátria y honor, como leones
volar ardiendo en gloria á la pelea.
Al germinar mil ódios, mil pasiones,
triunfar al hombre, aniquilar la idea,
sufro en mi pecho un agujon profundo:
¡es tan triste el sentir de un moribundo!

¿Quién te impulsó con sentimiento artero
al término fatal de tu destino?
Deja, pátria del alma, ese sendero,
y busca en torno tuyo otro camino.
Un día esperé en el hoy, hoy ya no espero,
que envuelta en un oscuro torbellino
tropiezas, caes, te hieres y deslizas,
y arrastras por el suelo, y agonizas.

¡Estás loca, infeliz! Marchas perdida
con el pobre oropal que orna tu frente.
Vuelve en tí de una vez, pátria querida;
y no prosigas más esa pendiente.....
Así se queja y habla el alma herida;
después se irá muy leve mi presente,
y al revivir de nuevo este lirismo,
¡qué dirá de mi amor?..... Quizá lo mismo.

CARMEN.

(Continuacion.)

Pero no estaba en ninguna parte sosegado: iba
y venia por todos los salones, esperando única-

mente la sonrisa de la encantadora Cármen. Sentía una necesidad de mirarla frente á frente, de saborear todo el sufrimiento de aquella mirada melancólica.

Los violines sonaron, por último. Llegué precipitadamente á la sala y esperé, esperé con esa intranquilidad de un niño ante un ser superior. Aquel era un wals que bailaría Cármen, y pensando que otro la estrecharía entre sus brazos, me volvía loco de dolor.

Mi corazón palpitaba violentamente: mis sienes parecían saltar. Escuchaba la música y me desesperaba al oír la empezar, elevarse, entusiasmarse bajo un torrente de armonía.

Yo no apartaba los ojos de su mirada, y su mirada se clavaba en mis ojos. Ví aquel círculo de jóvenes ante quienes no podía escusarse por aquella vez: se acercaban y la invitaban á bailar. Dios me perdone; pero la hubiera querido más enferma de lo que estaba, para que no pudiese aceptar pareja ninguna.

Sin notarlo, me iba aproximando á ella. El círculo de jóvenes aumentaba por momentos: más de una niña se mordía los labios con despecho. Parecía que dudaba elegir entre todos: me acerqué, y temblando de emoción la invité á mi vez.

—Señores, dijo Cármen dirigiéndose á los jóvenes que le rodeaban: hé aquí al que ha sido mi caballero mientras han durado las demás piezas: ¿no les parece á Vds. que debo premiar su atención aceptando su ofrecimiento?

Los jóvenes se inclinaron y me miraron de reojo, atusándose los bigotes. No estaba de humor para ocuparme de pequeneces; tomé la mano de Cármen, pasé mi brazo por su cintura, y nos lanzamos al torbellino del baile.

La música no cedia un solo punto. Las parejas cruzaban, volaban y se perdían en una atmósfera que iba oscureciendo por momentos las luces de los candelabros.

Habia allí el aliento de mil bocas que respiraban penosamente en el delirio de su pasion. Vagaba en el aire una cosa indefinida que enloquecía las más puras imaginaciones. Habia el fuego del infierno confundido con la respiracion de mil arcángeles.

Estaba ébrio de locura. Estreché contra mi pecho el pecho de aquella niña que parecía revivir en mi presencia. Fijé mis ojos en aquellas pupilas humedecidas por una hermosa lágrima, y mi boca respiraba su aliento, y mi cabeza, perdida sin remedio, no tenia otro pensamiento que el beso prolongado de una mirada suya, que el suspiro intranquilo de sus labios entreabiertos.

Ella tampoco veía nada. Sentía allí, cerca, muy cerca, la expansion de su congoja, y su pequeña mano apretaba una, dos, cien veces los dedos de mi mano. Ya no habia realidad para mí. Gozaba y gemia al mismo tiempo; sentía el dolor de mi delirio, y hubiera deseado no sentir mi sufrimiento propio...

Tropezamos con una pareja, y nos detuvimos un instante. Su pecho latía fuertemente, no podía respirar. Temí por ella, y le dije con acento conmovido.

—¿Se cansa V.?

—No, nunca, me respondió, y sus dedos apre-

taron mi mano, y de nuevo nos lanzamos al baile.

Respiraba aquella emanacion que se desprendia de sus rizos, el vapor que humedecia sus lábios; gozaba la sonrisa de su boca, el rubor de su frente, aquellos ojos lánguidos, húmedos, fijos en mí, que me miraban, me miraban y reflejaban los míos iluminados por la intensidad de la fiebre.

(Se continuará.)

NOMBRES DE MUJERES.

VI.

Yo vi, en la noche dulce y nebulosa,
En el espacio, su mansion y cuna,
Al soplo de la brisa inoportuna
una vision, moverse cautelosa.
La vi más tarde tímida y medrosa
Al rayo vacilante de la luna,
Perderse poco á poco en la laguna
Envuelta en sus cendales vagorosa.
La ví morir entre las algas breve,
Y para que volviera con la brisa,
Esperé que marchase el rayo aleve,
Y al volver á mirar, luego, indecisa,
Yo vi en tu nombre su fantasma leve,
Y en tus pálidos lábios, su sonrisa.

VII.

Humillado á la faz de tu belleza
Mi pasion te ofreci,
Y tú me rechazaste con dureza
Y me alejé de tí.
Triste, muy triste por tu labio yerto,
A mi jardin bajé,
Y en las flores más bellas de mi huerto
Tu hermoso nombre hallé.
Se hizo la noche del jardin señora,
Quedé junto á la flor,
Y en los primeros tintes de la aurora
Volví á mirar mi amor.
Bajé hácia el suelo la apenada frente
Y recordé mi ayer;
Y al extinguirse el sol en el Poniente,
Volviste á aparecer.
Y al ver que loco de pasion deliro,
Intento desechar la última flor;
Y en el cielo, en el huerto, do quier miro,
El nombre dulce de mí ingrato amor.

tante de una biblioteca bien organizada; pero, como tendencia moral, no creemos pueda figurar en el velador de ninguna señorita.

Hemos tenido el gusto de recibir, aunque bastante atrasados, algunos números de *El Fomento de las Artes*, periódico quincenal que se publica en Madrid.

Su tendencia, la instruccion de las clases sociales, es indudablemente la que más armoniza con la marcha intelectual del siglo XIX. En nuestra esfera de accion, poco podemos hacer por tan sagrado principio: si el colega á que nos referimos no hallase inconveniente alguno, tendríamos una verdadera honra en ofrecerle nuestra colaboracion.

CHARADA.

¡Prima! ¿Por qué, dí, mi alma
desgarrada en mil pedazos,
busca de la grata calma
los apetecidos lazos?
¿Por qué, aunque yo no quisiera
seguir mi suerte contraria,
del lábio *dos* y *primera*
una continua plegaria?

Para desechar mi anhelo
ese error, ¿en qué se funda?
¿no ves que gozan del cielo
los que se *prima* y *segunda*?

Recházame, aunque te ansia
mi corazon, hoy deshecho;
apaga con tu apatía
la *tercia* y *prima* del pecho.

Si á la pasion de mi endecha
no responde tu gemido,
ni con sus redes y flecha
te *primera* y *tres* Cupido:

Déjame, que no me espanta
pisar del mundo su lodo,
mas no juegues con la santa
pasion de tu triste *todo*.

SOLUCIONES.

Nombres de mujeres: *Caridad*.
Charadita: *Morera*.

MADRID.—1873.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR.

Colmillo, 8.

La segunda obra de la *Biblioteca universal*, de que hemos dado cuenta en LA VELADA, es la *Celestina*, dividida en dos volúmenes, correspondientes á los meses de diciembre y enero.

La *Celestina*, como joya literaria, debe ocupar el es-